

Tradición, simbolismo y globalización en la formación de una identidad urbana

María Matilde Suárez

Introducción

Los misioneros capuchinos llegaron a la costa oriental de Venezuela en 1650. Para darle mayor alcance territorial a la catequización de indios incursionaron en los llanos de Caracas hacia la región centro occidental fundando pueblos. Uno de ellos con el nombre de Santa Rosa del Cerrito fue fundado en 1673 en las inmediaciones de Nueva Segovia de Barquisimeto, ciudad que ya había sido fundada por Juan de Villegas en 1552 (Carrocera 1972).

Al pueblo de Santa Rosa del Cerrito como parte de la labor evangelizadora que adelantaban los capuchinos, fue llevada alrededor de 1720 una imagen de la Virgen María bajo la advocación de Divina Pastora. Este título de la Virgen se originó en España en 1703, cuando un miembro de la orden capuchina conocido como el padre Isidoro de Sevilla tuvo una visión en la que la Virgen se le aparecía vestida de pastora rodeada de flores y ovejas en un hermoso paraje campestre. A instancias de éste sacerdote esa visión fue llevada a un lienzo y a un estandarte que fue sacado por primera vez a la luz pública en una procesión por las calles de Sevilla el 8 de septiembre de ese mismo año (Ardales 1949). La devoción a la Divina Pastora indesligable de los capuchinos, tuvo así en su comienzo un sentido misionero, de ahí que los miembros de la orden que llegaron a América durante el siglo XVIII, fueran los primeros portavoces de la advocación entre las poblaciones indígenas infieles en vías de reducción y sometimiento.

La Divina Pastora de Santa Rosa es una imagen de vestir, articulada, tallada en madera. La cara, manos y pies están recubiertos de yeso y las articulaciones sujetas con clavos. A través de los años ha sido sometida a varias restauraciones, pero su estructura original no ha sido modificada. En un comienzo la devoción a esa imagen por parte de la feligresía del pueblo, consistía en ofrecerle misas, encenderle velas y rezarle oraciones como era costumbre con el resto de las imágenes que formaban parte del patrimonio de la iglesia. Pero hubo un incidente que la rescató del anonimato al desencadenar un proceso social de construcción simbólica mediante el cual la imagen se convirtió en la Patrona de la ciudad de Barquisimeto y en el símbolo de identificación de mayor preeminencia que tiene la ciudad.

Párrocos, cólera y milagro

Sebastian Bernal, párroco de Santa Rosa del Cerrito durante un poco más de medio siglo (1736-1794), tuvo un fervor tan especial por la Divina Pastora que no sólo dispuso de su peculio personal para cubrir gastos de vestuario y joyas que embellecieran la imagen, sino que antes de fallecer le hizo legado testamentario de buena parte de sus bienes (Archivo Arzobispal de Caracas 1794). A mediados del siglo XIX un acontecimiento le dio tal impulso a esa devoción incipiente que desde ese entonces y hasta el presente, la imagen, convertida en Patrona de Barquisimeto, ha sido objeto de una devoción popular entusiasta y creciente. Ese episodio histórico conjugó dos protagonistas: una epidemia de cólera y la figura de otro sacerdote de nombre José Macario Yépez quien fue párroco de la iglesia más importante de la ciudad.

El cólera entró a Venezuela por la costa oriental en 1854, y se extendió al interior del país llegando a Barquisimeto en 1855 causando grandes estragos (Rodríguez Rivero 1929). Era costumbre hacer rogativas a los santos para contrarrestar las epidemias, y el 14 de enero de 1856, el padre Yépez hizo un llamado para congregarse en una rogativa a varias imágenes de reconocida devoción entre la feligresía. A ese encuentro en un sitio escogido en las afueras de la ciudad, fue llevada en hombros, por un camino de recuas y tierra, desde la iglesia de Santa Rosa del Cerrito, la imagen de la Divina Pastora. Cuentan que ese día, el pueblo, agobiado por el sufrimiento, acudió masivamente a pedir con sus oraciones el cese de la epidemia. Las plegarias, el himno a María cantado por la multitud, los estandartes en las calles, las imágenes de los santos domésticos colocados en la puerta de las casas, eran premonitorios de un hecho pleno de trascendencia. La gente que acudía a la misa oficiada por el padre Yépez buscando la gracia y el consuelo divino para superar momentos tan difíciles, fue testigo de lo ocu-

rrido. El sacerdote, elocuente en su prédica, pugnaz porque defendió públicamente los bienes de la iglesia antagonizando al gobierno de la época, erudito e indoblegable en sus principios, polémico escritor y periodista que luchó vigorosamente contra el liberalismo, ese día, llevado por la vehemencia que lo caracterizaba, se puso de rodillas y en un impulso de caridad cristiana para que la epidemia cesara, ofreció su vida a la imagen de la Divina Pastora pidiéndole que él fuera la última víctima del cólera. Este sacrificio quedó para siempre en la memoria de la ciudad. Dicen que el sacerdote murió a los pocos días y que la epidemia cesó. Desde ese entonces, cada año el 14 de enero una promesa colectiva conmemora el milagro de la Divina Pastora. Ese día, la imagen, convertida por ese acontecimiento extraordinario en Patrona, es llevada por una multitud nunca vista en procesión alguna en el territorio nacional, desde la iglesia de Santa Rosa, situada hoy en los suburbios al este de la ciudad, hasta la Catedral por avenidas y calles repletas de gente que asiste a cumplir una promesa que renueva cada año una verdad compartida, una tradición incuestionable (Suárez M.M. y Bethencourt C. 1993).

Partiendo entonces del recuento histórico precedente, este trabajo explora el valor simbólico que tiene la Patrona y muestra como esa imagen es en el presente un símbolo de identidad; el trabajo concluye discutiendo las interconexiones entre la globalización y la formación de identidades para evidenciar en este caso concreto los vínculos que pudieran existir entre el contexto global y la estrategia local.

Discusión

El simbolismo es una forma de pensamiento que permite al individuo, a lo largo de su vida, expresar su subjetividad y reforzar sus creencias. Detrás de un símbolo existe una representación visual que permite a la persona hacer suya una idea compartida por un grupo o una colectividad. Por medio del simbolismo el ser humano logra mantener una continuidad entre el pasado y el presente por lo que es una vía para hacer perdurar las tradiciones y la cultura popular. Los símbolos forman parte de la vida diaria, emergen por igual en actividades educativas, culturales, económicas, políticas o religiosas, están unidos a valores específicos y siempre suponen una asociación de ideas.

Para la antropología social:

“ Un símbolo puede ser considerado como un objeto, acto o alguna otra forma de expresión que representa cualquier cosa, generalmente, una idea de naturaleza abstracta” (Nas 1993: 3).

“Un símbolo es un contenido al que sin importar su apariencia, se le asigna un significado” (Colombijn 1993: 61).

En resumen, los símbolos son representaciones de una idea o un significado, pero también atributos de cualquiera de las esferas de la vida social. Pueden ser rechazados y desaparecer, pero pueden ser sustituidos por otros en la conciencia y el sentimiento de una colectividad adquiriendo una fortaleza indestructible. Los símbolos son fundamentalmente elementos que propician la solidaridad y la cohesión social y a través de ellos las personas sienten y fijan su pertenencia a grupos, instituciones, pueblos o ciudades, porque los símbolos son también expresiones de identidad local, comunal, regional y nacional.

El estudio de los símbolos en las ciudades se ha proyectado en ámbitos y latitudes diversas pero sin vincular directamente simbolismo e identidad. Jakarta en Indonesia (Nas 1993a, Leclerc 1993), Padang en Sumatra Occidental (Colombijn 1993), Vitória en Brasil (Banck 1993), Buenos Aires en Argentina (Vogel 1993), Beijing en China (Pieke 1993), para citar algunos ejemplos, son ciudades que al ser objeto de investigación en el campo del simbolismo urbano han proporcionado múltiples descripciones y relaciones en las que los símbolos, dependiendo de la inspiración, el enfoque o el tema tratado, han sido estudiados sin que la identidad tuviera mayor relevancia. Este desinterés académico puede ser explicado porque la identidad es un concepto difuso, a veces ambiguo usado como una panacea por psicólogos que todavía están tratando de definir el término, y por antropólogos que no pueden desligarlo de la noción de etnicidad con la cual en el ámbito urbano entorpecen aún más el análisis. En las ciudades la noción de etnicidad se caracteriza por su complejidad, su ubicuidad, la variedad de situaciones y alcances que abarca y por la infinidad de definiciones que han sido elaboradas de acuerdo a la disciplina o a los intereses de los investigadores (Cohen 1974). Más convincente, por realista, es aceptar que en el concepto de etnicidad perduran objeciones no resueltas:

“Etnicidad es una opción que a un nivel descriptivo puede ilustrar procesos sociales importantes y situarlos en un marco explicativo más amplio. A pesar de ser un concepto que tuvo un comienzo prometedor, aún carece de la fundamentación teórica que se requiere para permitir explicaciones y perspectivas analíticas convincentes” (Wotro 1994: 2)

Por lo tanto, para desligar la identidad de sus vinculaciones étnicas vamos a considerarla como un conjunto de representaciones cognitivas y afectivas que como resultado de la interacción social han sido interiorizadas por los integrantes de un grupo social determinado. Provistos entonces de ese conjunto cognitivo y afectivo los miembros de ese grupo social pueden identificarse entre sí con un “nosotros” que los distingue de los “otros”. En cierto

modo, esta definición simple pero útil puede ser vista como una inspiración proveniente del pensamiento durkheimniano que tiene a pesar del tiempo transcurrido una vigencia insospechada:

“Las representaciones religiosas son representaciones colectivas que expresan realidades colectivas... son producto de una inmensa cooperación que se extiende no sólo en el espacio sino también en el tiempo: para lograr esas representaciones una multitud de espíritus diversos han asociado, reunido y combinado sus ideas y sentimientos: generaciones sucesivas han acumulado en ellas su experiencias y conocimiento” (Durkheim 1960: 13, 22-23).

En este marco conceptual la devoción popular a la Divina Pastora de Barquisimeto se nos presenta como una encrucijada en la que necesariamente tienen que encontrarse la construcción simbólica y la creación de identidades para poder entender su significado. En el caso concreto de Barquisimeto, simbolismo e identidad resultan indeliberables porque la Divina Pastora, Icono, Virgen y Patrona protectora, es el símbolo de mayor preeminencia con que cuenta la ciudad y fue mediante ese símbolo que los barquisimetanos construyeron históricamente su identidad. De ahí la certeza de una afirmación indiscutible:

“sostengo.....que todas las identidades son producto de procesos sociales de construcción simbólica” (Mato 1994:19)

Consideramos sin embargo que esos procesos de construcción simbólica no pueden desligarse de la reconstrucción histórica para poder entender sus alcances, sus repercusiones y su significado social. Hemos visto como una devoción popular a la Virgen traída de España a la Provincia de Venezuela por los misioneros capuchinos durante la época colonial fue implantada durante las primeras décadas del siglo XVIII, en un pequeño pueblo de indios fundado en las cercanías de una ciudad colonial. Esa devoción a raíz de un hecho milagroso adquirió a mediados del siglo XIX una importancia insospechada, cuando la imaginación colectiva consternada por una epidemia de cólera se volcó en la figura de un abnegado y heroico sacerdote quien ofreció su vida y se sacrificó por amor a la ciudad. La fuerza de ese acto sublime para salvar a su feligresía fue recogida por generaciones en un recuento que hoy es una tradición profundamente arraigada en toda la colectividad. Cada 14 de enero, desde 1856 hasta el presente, a esa imagen se le ha brindado el grandioso homenaje de una procesión para cumplir con una promesa que es compromiso de toda la ciudad. Esa imagen de la Virgen que el tiempo pudo haber relegado haciéndola pasar inadvertida entre la infinidad de imágenes que reposan en los altares y sacristías de las numerosas iglesias y capillas católicas esparcidas por todo el territorio nacional, en virtud de ese hecho extraordinario, pasó a ser una representación colectiva interiorizada por los habitantes de una ciudad que se apro-

piaron de ella y la convirtieron en símbolo perdurable al acogerse para siempre a su protección de Patrona. Miles de seguidores a través de generaciones sucesivas han reforzado la creencia y la vitalidad del símbolo. Los nacidos en Barquisimeto o barquisimetanos llevan grabado en sus recuerdos infantiles el conocimiento de una imagen que es una promesa individual y colectiva. Ser barquisimetano significa llevarla adentro, ser su devoto, invocarla, tener el supremo derecho de pedirle favores y tener su protección mientras se viva. Los que vienen de afuera pueden incorporarse a la devoción popular, pedirle favores y rendirle homenaje pero no le pertenecen como los que sí nacieron en Barquisimeto y están signados por la promesa que involucra a la ciudad y que supone un compromiso ineludible el 14 de enero de todos los años.

Haber nacido en Barquisimeto significa querer y venerar a la Patrona, ser su devoto y tener un sentido de pertenencia a ella y a la ciudad. Con ese sentido cognitivo y afectivo que marca la existencia, los barquisimetanos precisan los límites entre ellos y los otros, creando así su identidad. La Divina Pastora es un marcador que identifica y distingue a los que son de Ella del resto del mundo. Ser barquisimetano es ser su devoto, es creer en la capacidad que tiene la imagen de hacer favores y milagros, es contar con su apoyo en las angustias y miserias que aquejan la vida cotidiana. Ser barquisimetano es sentir que estás unido a la ciudad y a los demás por una Patrona que los protege a todos cubriéndolos con su manto. Pero esta deuda creada es permanente, asistir a la procesión cada 14 de enero es una obligación, un deber aprendido y una forma de organizarse: cada quien conoce cuál es su responsabilidad ante la Virgen y el lugar que le corresponde mientras la masa humana fluye ordenada e incesante imponiéndole su ritmo a la individualidad. La sugestión es el mecanismo social predominante. La persona se somete al colectivo y en aquella marejada humana se siente la proximidad y el calor de un fervor que cada quien lleva por dentro pero que circula libremente en medio de un éxtasis místico y una sumisión total a la sagrada imagen.

Los símbolos son por definición objetivos, pero para formarse, primero son subjetivos. En general, obedecen a la creación espontánea de un acto individual, para luego cohesionarse en la experiencia colectiva por la interacción social y llegar a ser aceptados por los grupos o colectividades y volverse objetivos. Al adquirir ese rango de objetividad constriñen y obligan el comportamiento del individuo y le señalan la pauta del comportamiento social. Y ese ha sido el caso de la Divina Pastora que se hizo símbolo objetivo a partir de la experiencia subjetiva de un sacerdote.

La creencia que llegó por tradición y que alimenta la devoción del presente, encuentra en la procesión anual una expresión colectiva en la que las

personas se funden en un solo cuerpo social. Asistir a la procesión es romper con la soledad intrínseca a la existencia. Ese día la afectividad personal se sintoniza a la de los demás, retumba como un eco en la multitud y regresa luego incrementada a la persona.

No obstante, las diferencias sociales perduran, están ahí, estableciendo distinciones en un conglomerado social en el que predomina una población resultado del mestizaje entre españoles e indígenas los cuales se extinguieron en el tiempo. En nuestros días esas diferencias sociales están dadas por el apellido familiar y la posesión o no de bienes de fortuna. Ricos comerciantes, productores agrícolas e industriales, una clase media de comerciantes y profesionales y una clase baja, inserta en el mercado de trabajo como obreros, buhoneros o pequeños empleados en el sector servicios, forman una jerarquía social simplificada a la que habría que agregar el grupo de artesanos, artistas plásticos, poetas y músicos que hacen de Barquisimeto una ciudad pintoresca, reconocida en el país por la belleza de su música, de sus puestas de sol y la importante creatividad artística de un sector de sus habitantes. A ese perfil social que destaca el valor de la familia y el matrimonio, se adscribe una élite política de funcionarios públicos y un clero católico que tiene su representación en unas 30 iglesias parroquiales y en la sede de un obispado. Todos los 14 de enero, consecutivamente después de 140 años que se cumplirán en enero de 1996, los barquisimetanos de todas las clases sociales, sectores o grupos, y los familiares que residen fuera, pero que asisten al acontecimiento, unidos en un acto multitudinario, renuevan cada año la salvación de la ciudad de la epidemia de cólera gracias a la actuación de un héroe que sacrificó su vida y a la intervención milagrosa de la Divina Pastora. Es sabido que las procesiones religiosas católicas a los santos tienen un mayor contenido simbólico que la devoción que se les rinde en las iglesias. En la muchedumbre que se agolpa en torno a la Divina Pastora el día de la procesión, una energía noble embarga a los presentes al compartir una comunión que en el plano afectivo une a la gente en un sentimiento superior, moralizante y estético. Es muy cierto que en los procesos sociales que conducen a la creación de identidades pueden conjugarse tendencias contradictorias hacia la homogeneización o la diferenciación. Pero en el homenaje que anualmente se le rinde a la Divina Pastora las diferencias sociales, políticas y económicas se atenuan ante el poder unificador e incuestionable que ejerce la Patrona, además la multitud intimidada, es misteriosa, subyuga y atrae al individuo, lo envuelve acallando la violencia y la hostilidad, la persona mejora ese día porque deja aflorar el altruismo, el interés por los demás y el apoyo solidario.

Este trabajo ha reconstruido una historia que cuenta la tradición de una creencia, exploró el significado simbólico de una imagen de la Virgen en la

formación de una identidad urbana y mostró como esta identidad es resultado de un proceso histórico de construcción simbólica. Ahora bien, cómo ir más allá de los límites parroquiales que establece el patronazgo de la Divina Pastora en Barquisimeto y vincular este proceso local de cristalización simbólica de una identidad urbana a un contexto global? Cuales son las interconexiones, en caso de que las hubiera, entre lo global y lo local?

Perspectivas

En una época de globalización como la que estamos viviendo, en la que los aspectos analíticos y empíricos de ese proceso aluden a una homogeneización a gran escala y a una tendencia a la disolución de las diferencias, se hace mucho más pertinente explorar en el caso concreto de Barquisimeto y su Patrona las vinculaciones que pudieran existir entre lo local y lo global.

Barquisimeto, capital del estado Lara y principal mercado agroindustrial de la región centro occidental forma parte de un país sacudido por un proceso de globalización económico pleno de contradicciones, un país en el que el derrumbe del modelo desarrollista que tuvo vigor en las décadas 1970-1980 propició el establecimiento de un paradigma neoliberal que hoy no es más que una representación de ineficiencia administrativa, corrupción y de como se pueden malgastar ingentes recursos. En la actualidad, el país se encuentra en un difícil proceso de ajustes políticos y económicos caracterizado por controles, una creciente deuda externa, deficit fiscal y el peligro inminente de la hiperinflación. A las presiones de los organismos internacionales el gobierno enfrenta su capacidad negociadora mientras la población venezolana de todos los sectores sociales reclama un proyecto político que supere las contradicciones existentes y que instaure féreos principios éticos en el manejo de la abundancia de recursos naturales y humanos que el país posee. Es una aspiración colectiva que en los próximos años que aún faltan para el cierre del 2º milenio, el país se enrumbe hacia un orden social más justo y solidario en un régimen de libertades.

En ese panorama, hacia Barquisimeto confluyen las fuerzas económicas más poderosas de la región imprimiéndole paradójicamente el auge característico de la expansión. Barquisimeto duplicó su población y su área física durante los últimos veinte años y se convirtió en el centro urbano de mayor crecimiento demográfico y espacial de la región centro occidental (Suárez y Pérez Calcaño 1987). La inversión de capitales, la instalación masiva de industrias agroalimentarias y metalmeccánicas, y ser el punto de encuentro de los circuitos comerciales regionales hacen de Barquisimeto un gran

mercado exponente de la anti crisis, y una expresión dinámica del capitalismo global. Barquisimeto y sus áreas de influencia conforman un territorio caracterizado además por procesos de descentralización y regionalización de signo creciente, por lo que la ciudad es hoy un centro regional que aglutina fuerzas globales que mueven el aparato productivo y el intercambio comercial. Este es el contexto de globalización de la representación simbólica socialmente construida en la historia de su identidad urbana. El simbolismo que tiene la imagen de la Divina Pastora en la construcción de la identidad del barquisimetano es una respuesta local subsumida en un proceso de producción y consumo de carácter global. La Divina Pastora, en la formación de la identidad de los barquisimetanos, adquirió su valor simbólico de una tradición que se vitaliza, afianza en el tiempo y adquiere visos de perennidad en un entorno de globalización, porque entre ambos fenómenos no hay contradicción sino coexistencia:

“los fenómenos de localismos, regionalización, diferenciación, autonomía, ya no se analizan como incompatibles con los procesos de globalización sino como manifestaciones de la naturaleza contradictoria del cambio social” (Ferradás 1995: 28-29, citando a Laclau 1992 (1985) y Giddens 1991).

En consecuencia, este trabajo ilustra un proceso en el cual los cambios y transformaciones que conducen a la consolidación regional de bloques económicos, a raíz de la apertura que tuvo el país a la globalización, son compatibles con los cambios y transformaciones que impulsaron una estrategia local de construcción simbólica de una identidad urbana. Ambos niveles están interconectados en su compatibilidad porque ese es un rasgo distintivo de los tiempos de la modernidad:

“Uno de los rasgos distintivos de la modernidad es, de hecho, una interconexión creciente entre dos “extremos”: extensión e intención, es decir, las influencias globalizantes por un lado y las disposiciones personales por el otro” (Giddens 1991: 1)

Además de la compatibilidad, ambos niveles presentan otra modalidad de vinculación que puede ser aprehendida en la historia. El recuento del pasado mostró como la identidad urbana que la ciudad adquirió de un patronazgo religioso, tiene sus antecedentes históricos en la implantación del catolicismo por los misioneros durante la colonia y si se considera que el proceso de globalización es un fenómeno de “largo plazo” y “antigua data” y que no sólo se desenvuelve en la dimensión económica o comunicacional (Mato 1993), podemos entender entonces al evento colonizador como un episodio globalizante de expansión de fronteras y suponer que la respuesta local de los barquisimetanos en la cristalización de su identidad, es una consecuencia a largo plazo de un proceso globalizante iniciado hace quinientos años.

Pero todavía, cabría otra posibilidad de acercarnos al interjuego entre lo local y lo global pero esta vez desde una perspectiva individual. Los “tiempos de globalización” son concomitantes a las nociones de riesgo, inseguridad y desasosiego social que son experimentadas a nivel personal. En estas circunstancias el apego a la tradición, a la protección de una Patrona y a un símbolo de identidad colectiva, a nivel personal impiden que se rompa el nexo comunitario, la alianza familiar y la continuidad de un marco social de referencia. El sentido de pertenencia y reconocimiento a un “nosotros” que marca la diferencia de los “otros”, hace sentir a las personas seguras, que no están solas, sobre todo en tiempos de globalización signados por el riesgo y la incertidumbre.

Finalmente, una mejor comprensión de la interconexión entre la historia local y las fuerzas globales homogeneizantes pudiera partir de la creencia, condición universal de las religiones en todas las épocas y latitudes. La creencia fusionada a un sentimiento de gratitud en la memoria de Barquisimeto, subyace una representación colectiva, producto histórico de la interacción social, resultado de una estrategia recreada localmente y símbolo rector mediante el cual la ciudad adquirió su identidad.

Bibliografía

- Ardales J.B.D. (1949). *La Divina Pastora y el Bto. Diego José de Cadíz*. Imprenta La Divina Pastora, 879 p., Sevilla.
- Archivo Arzobispal de Caracas. Testamento de Sebastián Bernal. 3 de Septiembre 1794, Sección Testamentarias, Carpeta 127 (Folios 281-427)
- Banck, G. A. (1993). Signifying Urban Space: Vitória, Brazil. Cultural and Political Discourses behind Urban Imagery. En: *Urban Symbolism. Studies in Human Society* (Edited by P. J. M. Nas), Vol 8, E. J. Brill, pp. 104-115, Leiden.
- Carrocera, B. de (1972). *Misión de los Capuchinos en los Llanos de Caracas*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Italgráfica, Tomos I, 654 p.; II, 438 p.; III, 504 p., Caracas.
- Cohen, A. (1974). Introduction: The Lesson of Ethnicity. En: *Urban Ethnicity*, Tavistock Publication, pp. 9 - 24, London.
- Colombijn, F.(1993). The Power of Symbols in the Urban Arena: The Case of Padang (West Sumatra). En: *Urban Symbolism. Studies in Human Society* (Edited by P. J. M. Nas) , Vol 8, E. J. Brill, pp. 59-77, Leiden.
- Durkheim, E. (1960). *Les Formes Élémentaires de la Vie Religieuse*. Presses Universitaires de France, 647 p., Vendome.
- Ferradás, C. A. (1995). El Interjuego de lo Global y lo Local en la Represa de Yacyretá. En: Documento de Trabajo. Coloquio y Simposio Internacional "Globalización y Construcción de Identidades y Diferencias: Conflictos y Transformaciones Socio-Políticas en América Latina", pp. 28-38, Caracas.
- Giddens, A. (1991). *Modernity and Self-Identity*. Polity Press, 256 p., Cambridge.
- Leclerc, J. (1993). Mirrors and the Lighthouse: A Search for Meaning in the Monuments and Great Works of Sukarno's Jakarta, 1960-1966. En: *Urban Symbolism. Studies in Human Society* (Edited by P. J. M. Nas), Vol 8, E. J. Brill, pp. 38 -58, Leiden.
- Mato, D. (1993). Construcción de Identidades Pannacionales y Transnacionales en Tiempos de Globalización: Consideraciones Teóricas y sobre el Caso de "América Latina". En: *Diversidad Cultural y Construcción de Identidades*, Coordinador D. Mato, Fondo Editorial Tropykos, pp. 211-231, Caracas.
- Mato, D. (1994). Teoría y Política de la Construcción de Identidades y Diferencias en América Latina y el Caribe. En: *Teoría y Política de la Construcción de Identidades y Diferencias en América Latina y el Caribe*, Coordinador D. Mato, Unesco-Nueva Sociedad, pp. 13 - 28, Caracas.
- Nas, P. J. M. (1993). Introduction. En: *Urban Symbolism. Studies in Human Society* (Edited by P. J. M. Nas), Vol 8, E. J. Brill, 393 p., Leiden.

- Nas, P. J. M.(1993a). Jakarta, City Full of Symbols: An Essay in Symbolic Ecology. En: *Urban Symbolism. Studies in Human Society* (Edited by P. J. M. Nas), Vol 8, E. J. Brill, pp. 13 - 37, Leiden.
- Pieke, F. N. (1993). Images of Protest and the Use of Urban Space in the 1989 Chinese People's Movement. En: *Urban Symbolism. Studies in Human Society* (Edited by P. J. M. Nas), Vol 8, E. J. Brill, pp. 153-171, Leiden.
- Rodríguez Rivero, P. D. (1929). *Historia de la Epidemia de Cólera en Venezuela 1854 a 1856*. Parra León Hermanos Editores, 176 p., Caracas.
- Suárez M.M. y Pérez Calcaño, M.(1987). Barquisimeto y su Area de Influencia en el Proceso Histórico de la Transformación Urbana en Venezuela. *Revista Geográfica*, N° 106: 185-210.
- Suárez, M. M. y Bethencourt, C.(1993). *Los Rostros de la Virgen: Divina Pastora Patrona y Símbolo*. Banco Hipotecario Consolidado, Editorial Ex-Libris, 305 p., Caracas.
- Vogel, H. (1993). Urban Rituals and Symbols in Buenos Aires, 1806-1910. En: *Urban Symbolism. Studies in Human Society* (Edited by P. J. M. Nas) , Vol 8, E. J. Brill, pp. 92-103, Leiden.
- Wotro (1994). Globalisation and the Construction of Communal Identities. Research Programme 1994-1999, 7 p., Amsterdam.